

Juana se asomó á la ventana á reconocer al que llamaba.

Rossi saboreó la idea de su venganza.

Los pintos alzaron mil gritos de alegría.

Fernando oyó descorrer el cerrojo de la puerta donde iba á encontrar á su rival

CAPITULO XI.

Un plan.

Sabido el triunfo de Alvarez sobre Armijo, Barbosa, coronel á las órdenes del gobierno, abandonó Acapulco, en cuya ciudad entró inmediatamente Guerrero, siendo recibido con las mayores pruebas de estimación. Pero á pesar de este hecho de armas, la revolución no fué fecunda en resultados.

La marcha firme y acertada del gobierno, y el ascendiente en los Estados del primer ministro D. Lucas Alaman, cuya opinion superaba entonces á la de todos sus rivales, influyeron en que á fines del año 30, la administracion de Bustamante se encontrara triunfante de sus enemigos, y que los puertos del seno mexicano se vieran cubiertos

de buques de todas las naciones, con cargamentos de mucho valor que adeudaron derechos considerables á la hacienda nacional. En todas partes reinaba la paz y la abundancia, excepto en las asperezas del Sur, y en alguno que otro punto insignificante del Estado de Michoacan.

México se encontraba en una éra rica y brillante: las arcas del tesoro estaban llenas, el crédito del gobierno en las naciones extrajeras era grande, las lógias, foco de las revoluciones y de las intrigas, habian desaparecido por orden del gobierno, y la industria y el comercio caminaban á su engrandecimiento de una manera admirable.

Así llegó el día 1º de Enero de 1831, en que se abren las sesiones ordinarias del congreso general de la República mexicana. Todo habia prosperado en el privilegiado suelo de Moctezuma, el año anterior; bajo la sólida y acertada administracion del vicepresidente Bustamante, quien conociendo las ventajas que la nacion disfrutaba en su gobierno, hizo la apertura de las cámaras con un discurso bien escrito, en que se

ponia de manifiesto el impulso que habia recibido el comercio tan decaído y pobre antes, el brillante estado del ejército, la proteccion cedida á la industria del país, la abundancia de la hacienda pública, la paz con los Estados, y los abundantes medios con que contaba el gobierno para sofocar el grito de la rebelion, sostenido solo por algunos ilusos partidarios de Guerrero. Nunca discurso alguno ha sido acogido por los representantes de la nacion como lo fué este. Verdad es que la cámara se componia de individuos que profesaban las mismas ideas que el gobierno; pero aunque así no hubiera sido, los hechos hablaban altamente en favor de la administracion, y todo hombre patriocio, fuera de la opinion que fuese, reconocia la buena marcha de los negocios públicos. La revolucion del Sur habia casi terminado, pues habiendo alcanzado el general Bravo una victoria decisiva contra las fuerzas de Alvarez, se vió precisado Guerrero á encerrarse en el puerto de Acapulco, con algunos pocos soldados que le quedaban.

Picaluga, el amigo y pariente de Rossi, de quien ya otra vez hemos hablado, se encontraba precisamente con su buque en aquel puerto, y malo, ambicioso é ingrato como su pariente, al ver perdida la causa de Guerrero, del hombre que tantos favores le habia dispensado, concibió el proyecto mas negro que caber puede en corazon humano, pero con el cual creyó alcanzar un premio que le proporcionase un brillante porvenir.

Para ponerlo en planta, necesitaba de otro tan malvado como él, y se dirigió á casa de su pariente y paisano Rossi,

—Vengo á proponerte—le dijo entrando en su cuarto—un negocio que nos puede producir cincuenta mil duros.

—Me conviene—contestó Rossi chispeando sus ojos de alegría.—¿Y qué negocio es ese?

—Abandonar á un amigo.

—No hay amigo que valga cincuenta mil duros.

—Eres de mi opinion; pero no es solo abandonarlo, sino que se trata de venderlo.

—Venderlo! . . . explicate.

—Antes necesito saber si estás en diaposicion de vender á un amigo por esa cantidad.

—Lo que es dispuesto, lo estoy, pues si hubo quien vendió á Jesus por una insignificante cantidad, no debe haber reparo en vender á un hombre en cincuenta mil duros, pues por grande que sea, no puede llegar ni al valor del polvo pisado por la planta del Salvador.

—Corriente.

—¿Pero de quién se trata?

Picaluga observó si alguno le escuchaba, y cerciorado de que estaba solo, agarró á Rossi de la mano, le llevó á un extremo de la pieza y le dijo con mucho misterio.

—De Guerrero.

—¿De mi general!

—Del mismo. Su causa está perdida, y por consiguiente la tuya. No tiene mas puato que este, y si el gobierno lo toma, como es muy probable, á él le fusilan y á tí te ahorcan.

—De eso estoy convencido.

—¿Y no valdrá mas que bailar amarrado del pescuezo con una cuerda, ser dueño de cincuenta mil duros que los podremos gastar en nuestra adorada Cerdeña?

—¿Cincuenta mil para mí?

—Te he dicho que el negocio vale esa cantidad: y puesto que lo hacemos entre los dos, nos toca á veinticinco mil duros.

—Estoy conforme.

—Venga esa mano.

—Ahí la tienes en señal de alianza.

Y Rossi y Picaluga se estrecharon fuertemente la mano.

—¿Qué debo hacer?

—Añadió el primero.

—Ponerte inmediatamente en camino para México, presentarte al ministro que juzgues mas conveniente, y ofrecerle la entrega de Guerrero de mi parte, en cincuenta mil duros.

—¿Y crees que los darán?

—No me cabe duda: al gobierno de México le conviene acabar con la causa de la revolucion, que es Guerrero, y dará esa cantidad, y aun mas, si se le pidiera.

—No replicó. Pero ¿cómo hago para marchar sin que se sospeche?

—Debes presentarte á Guerrero, diciéndole que varios amigos políticos desean haer un alzamiento en México en pro suyo, y que te llaman para dirigir el asunto: sabes que él, ademas de apreciarte mucho, no tiene todo lo de Salomon, y que lo que menos hará es recelar de tí á quien tiene por el mas decidido campeon de la libertad.

—Voy á hacerlo todo como tú lo dices. ¿Y dónde será nuestro punto de reunion al salir del país, en caso de que den esa suma?

—En Nueva-Orleans.

—¿Y cuál la señal, para no comprometernos, de haber ó no accedido el gobierno de Bustamante con nuestra solicitud?

—Estas palabras: *hazlo, si accede: no lo hagas, si no accede.*

Rossi se dirigió á ver al ex-presidente Guerrero, á quien hizo creer que iba á trabajar por el triunfo de su causa, y pocos dias despues entraba en México montado en un brioso y ligero corcel.